

EN TEORÍA

Castellano: lo bueno y lo malo

por Blanca Calvo*



SHULA GOLDMAN. ARTE EN EL LIBRO.

A la vista del presente artículo, la conclusión sobre el panorama de la literatura infantil en castellano tendría que ser pesimista. Sin embargo, la autora —que se confiesa «de letras»—, propone un balance al estilo robinsoniano: una lista con lo positivo y lo negativo que, según se mire, resulta más o menos inquietante. Ella apuesta, además, por un voluntarioso optimismo y ofrece una información bien documentada para que el lector haga su propia opción.

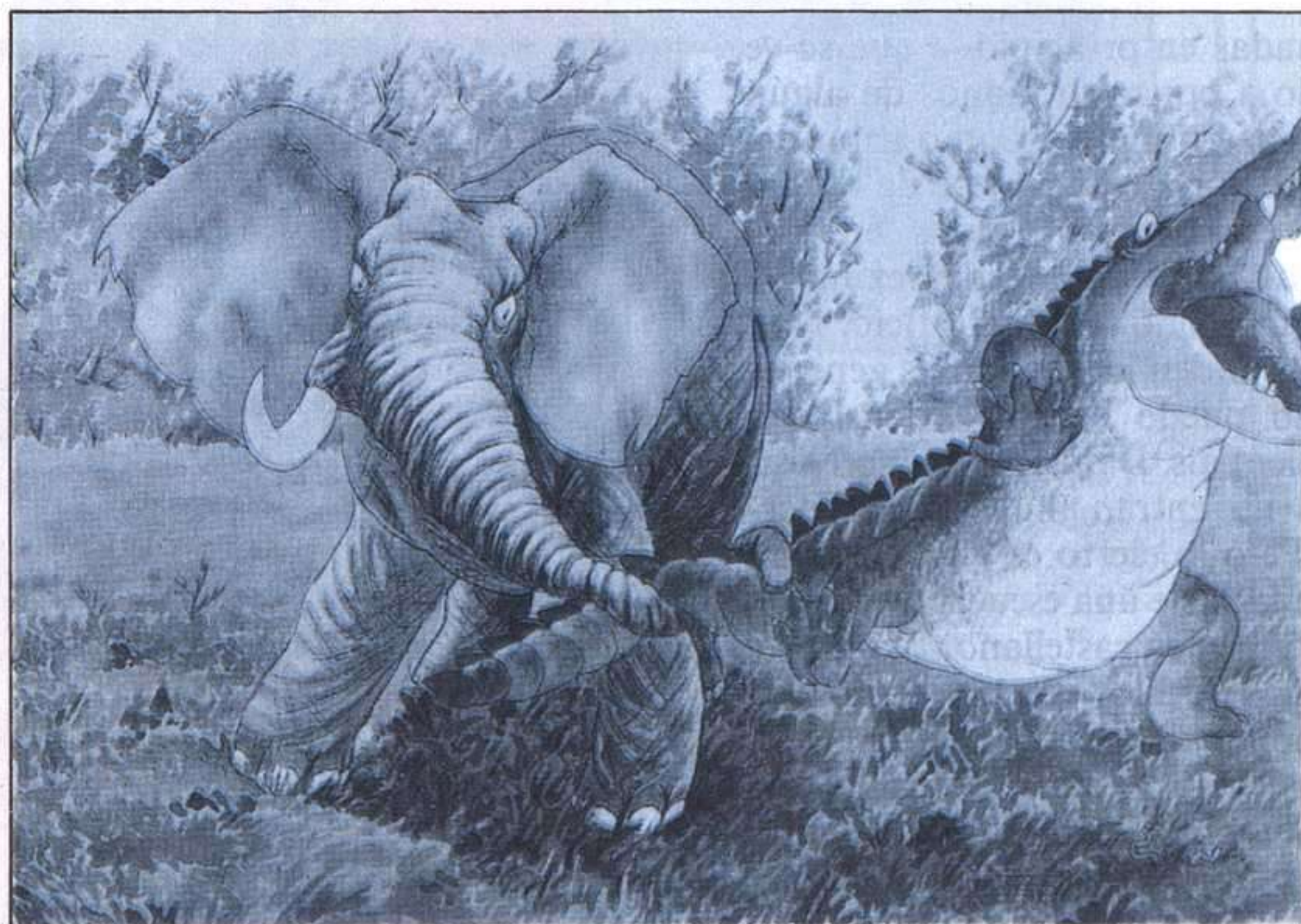
Cuando he comenzado a analizar, con cifras de la Agencia Española del ISBN en la mano, el panorama editorial infantil en lengua castellana, me he encontrado con dos datos preocupantes:

El primero se refiere a la producción española de libros para niños, que en 1987 bajó en un 9,3% con respecto al año anterior (mientras que la edición en general subía el 5,1%). El porcentaje de obras infantiles con respecto al total fue, en el mismo año, del 13,8%, y hay que remontarse a 1976 para encontrar una cifra más baja (el 11,7%).⁽¹⁾

El segundo es, si cabe, más grave, y se refiere directamente a la creación en castellano: de los 5 392 títulos de literatura infantil aparecidos en 1987, el 44% son traducciones. Aún suponiendo que en esta cantidad se incluyan las versiones castellanas de obras escritas en otras lenguas del Estado (sobre todo las catalanas son muy numerosas), la cifra es enormemente alta. Desde 1965 a 1984 el promedio de traducciones se puede establecer en un 20% aproximadamente; superar el 40% en 1987 supone un salto cualitativo considerable.

¿Quiere esto decir que la literatura infantil en lengua castellana está en un momento bajo? A la vista de los datos, habría que contestar con un sí rotundo, y sin embargo yo no lo creo. Cada día pasan por mis manos nuevas obras de autores que escriben exclusivamente libros para niños, o que hacen incursiones puntuales. La ilustración atraviesa un momento muy interesante. El número de editoriales que «atacan» el género infantil crece sin cesar y empresas ya viejas en estas lides estrenan nuevas colecciones de autores única o mayoritariamente hispanos.

Veamos por separado cada uno de estos temas, para hacernos una idea exacta de la situación.



ANA ISABEL GONZÁLEZ. ARTE EN EL LIBRO.

La creación literaria

En 1986, la Asociación Española de Amigos del IBBY editó un librito, un catálogo bio-bibliográfico, titulado *100 autores españoles de literatura infantil*. La necesidad de reunir cien nombres obligó a meter con calzador autores poco conocidos o de muy escasa producción. Si para nuestros fines prescindimos de ellos, así como de los que escriben originalmente en catalán, gallego o vasco, los cien quedarían reducidos a menos de la mitad. Citarlos a todos sería largo y aburrido. Lo que puede tener más interés es analizar los rasgos característicos de su producción, y para ello conviene establecer varias categorías, aún a sabiendas de que cualquier intento de clasificación simplifica y falsea la realidad.

Los escritores para niños

En primer lugar están los que publican con asiduidad, aparecen en las listas de aspirantes a premios importantes, acuden a encuentros con sus lectores y son considerados por profesores y bibliotecarios como escritores para niños, aún en el caso de que

su ocupación fundamental sea otra.

Por lo general, son autores preocupados por lograr una verdadera comunicación con los niños. A veces lo consiguen, pero en muchas ocasiones sus obras están escritas con excesiva ligereza, demasiadas ganas de agradar a los adultos y, muy frecuentemente, con unas enormes dosis de moralina (por no decir de ñoñez). Quizá no sean ellos completamente responsables de todos estos males, empujados como están por una industria editorial que les exige una producción abundante en un tiempo corto, y que se dirige, más que a los niños, a sus mayores, que son quienes compran los libros.

Cada vez es más frecuente que las editoriales encarguen, para arrancar una nueva colección, un título a varios de los autores más en candelero. Estas obras, escritas por encargo y no por inspiración, tienen muchas posibilidades de nacer mal construidas, de ser falsas y superficiales, tanto más cuanto menos importante es la editorial que las solicita. Se suele dar el caso de que un mismo autor tenga en circulación, simultáneamente, obras que escribió por gusto y en buenas condiciones, junto con otras —quizá

desechadas en principio— que se ve forzado a poner en manos de algún editor caza-nombres, como tributo a su condición de personaje de moda.

Los escritores incluidos en este apartado van siendo cada vez más y van dominando mejor el oficio. Quizá no abunden los creadores geniales —y eso puede hacerse extensivo a cualquier país. Dahls, Rodaris o Nöstlingers no entran muchos en docena—. Pero lo cierto es que, en la actualidad, existe una escuela de autores que escriben en castellano para niños, y algunos de ellos con proyección internacional. Citaré a Fernando Alonso, Consuelo Armijo, Jesús Ballaz, José Antonio del Cañizo, Juan Farias, Joan Manuel Gisbert, Alfredo Gómez Cerdá, Concha López Narváez, Fernando Martínez Gil y Pilar Mateos. Esta rápida relación podría hacerse mucho más larga. Pero, de hecho, los autores encuadrados en este apartado son los que tienen una producción más numerosa y los que representan más genuinamente lo que solemos entender por literatura infantil.

Los autores de prestigio

Este segundo apartado está ocupado por escritores que se dedican a otros géneros (sobre todo narrativa o poesía para adultos y ensayo) y, en un momento dado, hacen incursiones en el campo infantil, bien porque un editor publica en una colección para niños alguna de sus obras, bien porque el autor escribe expresamente algo para niños. En este segundo caso estarían las obras redactadas por el escritor para sus hijos y los encargos de editores, ya sea movidos por la comercialidad de ciertos nombres o por el convencimiento de la mayor calidad de este tipo de obras.

Como ejemplo de adecuaciones a posteriori, podemos citar la obra de Carmen Conde *Canciones de nana y desvelo* (Miñón), que recoge poemas no creados en principio para ser publicados en una colección infantil, y



El bosque animado de Wenceslao Fernández Flórez (Anaya, col. Tus libros). Los ejemplos podrían alargarse mucho más, pero basta con citar dos colecciones muy representativas: *Alba y Mayo*, de Ediciones de la Torre, que recoge creaciones de los grandes poetas en lengua castellana, y *El Carnaval de las Letras*, de Montena, para la que Carmen Bravo-Villasante selecciona poemas y relatos de autores clásicos.

Ana María Matute podría ser una buena representante de la otra corriente: la de quienes escriben directamente para los niños. En este caso estarían también, entre otros, José

Antonio Gabriel y Galán, que recientemente ha entregado a Anaya una obra pensada en principio para sus hijos (*La grandeza de Tito*, colección Luna de Papel), o José Agustín Goytisolo, que entre 1983 y 1984 publicó en Laia las aventuras de los personajes de un poema suyo muy conocido por cantarlo Paco Ibáñez (*Érase una vez...*).

Además, otras editoriales dan cabida en sus catálogos a estos nombres importantes: Alfaguara ha introducido en su colección Juvenil a Ciro Alegria, Horacio Quiroga, José M^a Merino y Andreu Martín; Lumen lleva años publicando obras de escritores



MARÍA LUISA ESTEBAN. ARTE EN EL LIBRO.

como Ana M^a Matute y Carmen Martín Gaité; Miñón publica las obras de Delibes... y Júcar a la mismísima Corín Tellado.

El resultado de las creaciones para niños de estos autores consagrados es desigual. Los mayores éxitos se cosechan en las obras juveniles, pero aún entre éstas hay narraciones excesivamente intelectualizadas y difíciles de entender (*Papel mojado*, de Juan José Millás, sería un ejemplo de novela que puede desilusionar a los jóvenes por su final excesivamente artificioso). A veces dan incluso la impresión de haber sido pensadas para mayores y conducidas hacia un público juvenil a la



VIVÍ ESCRIVÁ. ARTE EN EL LIBRO.

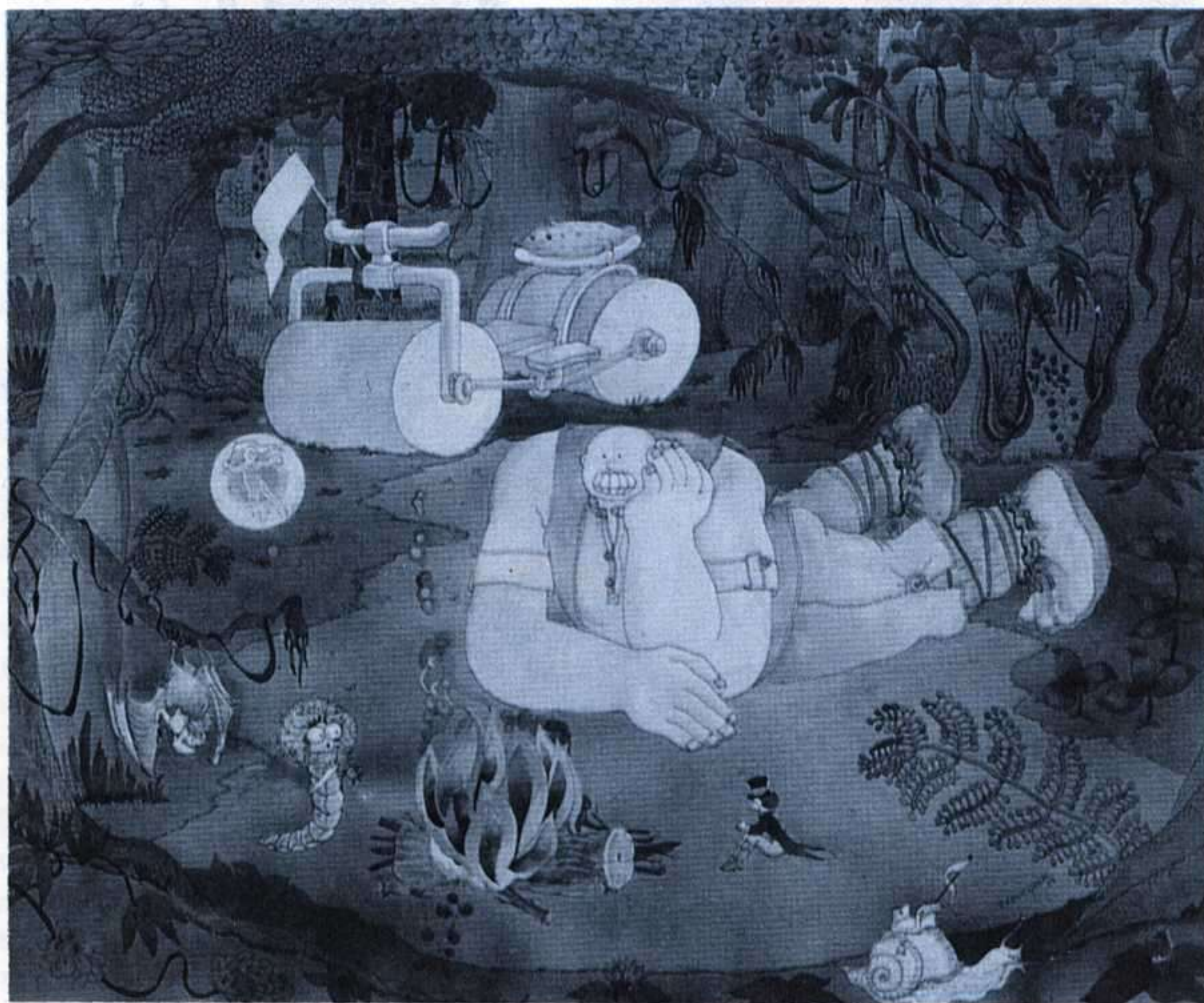
vista de un resultado no muy satisfactorio. Los relatos infantiles, por su parte, son obras fallidas en muchos casos. Al leer algunos se ve claramente que para hacer libros para niños pequeños no sólo hay que saber escribir bien; es necesario, además, llevar dentro muy viva la infancia, recordar y comprender las tensiones que pueblan los primeros años de vida.

Los ilustradores-autores

El tercer grupo de autores está reservado a los ilustradores que han sentido la necesidad de expresarse también a través de la palabra, porque los textos de otros no les resultan suficientemente sugestivos o porque su creatividad necesita otro medio de expresión. De entre todos los que trabajan en castellano, Asun Balzola es la que tiene más vocación de autora. Hace tiempo escribió las historias de Mu-

nia, protagonista de cuatro libros que fueron traducidos y publicados en varios países extranjeros; más tarde redactó unos textos sobre temas sociales (colección Más que un Libro, Alhambra) y ahora el último catálogo de S.M. nos anuncia una obra suya, *Christie y la cazadora de Indiana Jones*, que tiene una historia peculiar: escrita originariamente en castellano se ha publicado primero en catalán y vasco.

Otro ilustrador que cultiva con gusto la narrativa para niños es Miguel Ángel Pacheco. Montena ha empezado a publicar una colección de versiones nuevas de las fábulas clásicas, interpretadas por él en lo gráfico y lo textual. Pero a veces estos dibujantes-escritores, y no es el caso de Asun y Miguel Ángel, dicen más con los dibujos que con las palabras. Conste que no es un reproche: estoy convencida de que ellos buscan este efecto;



IRENE AREAL. ARTE EN EL LIBRO.

al menos Ángel Esteban (*Pablo Pablo en busca del sol*, Edelvives) y Arcadio Lobato (*El valle de la niebla*, S.M.) seguro que han creado sus historias motivados por sus ideas gráficas.

Los aficionados

El último grupo está compuesto por personas que se acercan al género infantil por afición, por afinidad profesional (profesores, bibliotecarios...) o por proximidad familiar (padres, madres, tíos, abuelitas...). En muchos casos son autores de una sola obra, que suelen enviar a premios que no ganan y que, en condiciones normales, no llegarían nunca a publicar; pero la necesidad de originales nuevos de una industria en crecimiento como la española marca un campo de juego en el que vale casi todo.

Me resulta demasiado duro dar nombres, pero si alguien tiene curiosidad puede rastrearlos y encontrar-

los en los catálogos de muchas (demasiadas) editoriales.

El mundo editorial

Los vaivenes que se están produciendo en este sector empresarial tienen también su reflejo en las editoriales que trabajan el género infantil-juvenil. La aparición de capitales extranjeros (Montena es filial de Mondadori, por ejemplo), la absorción de editoriales pequeñas y medianas por los grandes grupos y las dificultades para las más débiles, son moneda corriente en el sector. Esta situación no es precisamente la mejor para el afianzamiento de la narrativa en castellano: las multinacionales tienen tendencia a llenar sus catálogos de autores importados (la de Montena es un buen ejemplo) y editoriales pequeñas, que muchas veces se han distinguido por su trabajo de búsqueda en este sentido, están en grave peligro de muerte.

El futuro no va a ser fácil. Sin embargo, en este momento aún podemos detectar rasgos positivos.

El primero es que, aún en las condiciones actuales, siguen incorporándose al género infantil nuevas editoriales. Dos ejemplos recientes: la editorial Luis Vives (Edelvives), especializada en libros de texto, que puso en circulación a finales de 1987 una veintena larga de títulos, la mayor parte de escritores en castellano; o el caso de Rialp, que ha estrenado colección infantil (Rialp Júnior) con tres títulos, de los cuales dos son originales en castellano.

El segundo aspecto positivo es que algunas editoriales, que trabajan tradicionalmente con autores extranjeros, han empezado a fijar su atención en los castellano-escribientes. Un caso paradigmático en este sentido es Alfabuara que, en los doscientos primeros títulos de su prestigiosa colección Juvenil recogía sólo seis originales castellanos, mientras que entre el número 201 y el 321 incluye veinticinco.

El tercero es la permanencia de varias editoriales que llevan ya cierto tiempo trabajando la literatura infantil en castellano, y entre las que destacan: Ediciones De la Torre, y su colección Alba y Mayo, que ha añadido varios títulos de narrativa, pero sigue publicando fundamentalmente la obra de poetas importantes; Espasa Calpe, que en Austral Juvenil siempre ha dado cabida a lo castellano; Júcar ha puesto en el mercado una colección de libros-juego de autores españoles; Lumen, cuyas colecciones Grandes Autores y Grandes Obras merecen destacarse; Miñón, que en Las Campanas rompe la proporción habitual en casi todas las editoriales, ofreciendo sobre todo originales en castellano; Noguer, que últimamente ha recogido casi todos los Premios Lazarillo en la colección Cuatro Vientos y S.M., que acaba de inaugurar una colección, Catamarán, basada únicamente en autores hispanos. Esta editorial tiene además establecidos

unos premios —Barco de Vapor y Gran Angular— con los que trata de promover la aparición de nuevos valores.

Conclusión

Para resumir un panorama tan amplio y sacar las conclusiones pertinentes no me queda más remedio que utilizar el método «robinsoniano», muy oportuno para el tema que estamos tratando. Voy a anotar en columnas distintas las partes positivas y las negativas. A ver qué sale:



TINO GATAGAN. ARTE EN EL LIBRO.

Conclusiones al estilo robinsoniano

Lo bueno	Lo malo
Va creciendo el número de autores que se dedican a la literatura infantil.	A veces se les exige muy poco, y eso no es lo mejor para conseguir la formación del gusto literario en los niños.
Los autores prestigiosos de la literatura adulta van interesándose por el género.	Con frecuencia no encuentran el tono que necesita este tipo de lector.
La calidad de los ilustradores españoles está reconocida internacionalmente.	Los mejores tienen que trabajar para otros países donde las condiciones son más favorables que en el nuestro.
Las editoriales se toman cada vez más en serio el sector de libros para niños.	En demasiadas ocasiones lo que más les interesa es ganar dinero a costa de los compradores —que no lectores— de libros.
El presente es mejor que el pasado.	El futuro puede ser terrible, si las multinacionales y los grandes grupos siguen monopolizando el sector.

La conclusión tendría que ser pesimista, y más si le añadimos los datos con que empezaba este artículo. Pero Robinsón no colocó sus factores en el mismo orden que yo lo he hecho; en su historia, «lo bueno» siempre iba a la derecha. Si leemos de nuevo, empezando por «lo malo», la impresión es completamente distinta. Y aún en el caso de que lo dejáramos como está, los que trabajamos con libros para niños y jóvenes somos por lo general de letras, y las sumas nos salen un poco a nuestro aire. A mí todos estos factores negativos, sumados, me dan un resultado de voluntariosa esperanza: tenemos que ir mejorando; podemos ir a mejor. ■

* Blanca Calvo es directora de la Biblioteca Pública de Guadalajara.

Notas:

(1) Datos tomados de la obra de Fernando Cerdán *Medio siglo de libros infantiles y juveniles en España (1935-1985)*. Fundación Germán Sánchez Ruipérez.